

Satanás hemos dicho que le impulsaba, y el espíritu rebelde era en aquel momento una máquina, que se movía á impulsos de la sábia providencia del Altísimo.

Pero ya nos saldrá Judas al encuentro cuando haya llegado la ocasion.

Mientras tanto tornemos al lado del divino Mártir, que derramaba la sangre por la eterna salvacion de los hombres; que permitia verse cubierto de ignominia, á trueque de cubrirnos á nosotros de gloria.

CAPITULO VII.

En manos de los verdugos.

La pluma tiembla en la mano del que va á escribir este capítulo, en llegando á este punto.

Vamos á describir escenas de barbarie incomprendible, y nos sentimos sin genio y sin fuerzas para llevar á cabo nuestro cometido.

Por una parte están unos hombres cuya crueldad raya en inmensa, cuya maldad solo puede compararse con la del espíritu de las tinieblas, cuya barbarie y saña no tienen ni tendrán precedente en la historia de los hombres mas criminales: por otra parte está Jesús, está el Hijo del Dios Altísimo, está el Redentor del mundo sufriendo los martirios que le dan, sin exhalar una queja, sin dirigir un reproche á sus verdugos, sin cansarse de padecer y de sufrir, animado de una resolucion amorosa, infinita como la misma naturaleza de Dios.

Allí Jesús sufre el castigo de todos los pecados de los hombres, y como la malicia del pecado es infinita, los tormentos del Cristo deben hallarse á la altura de las ofensas que satisface á Dios por los hombres. San Jerónimo ha dicho que lo que el divino Redentor sufrió aquella noche, es cosa que los hombres no podrán saber hasta el dia del juicio universal; ¿de qué manera, pues, podremos nosotros en este punto describir los tormentos, y pintar las escenas de horror que se representaron en el palacio de Caifás, desde el momento en que el Hijo de María fue arrojado por Eleazar, del primer tramo de la escalera al pavimento del zaguán, hasta aquel en que fue conducido al cónclave Gazith, para oír la sentencia que la iniquidad dictara contra la misma encarnacion de la inocencia? Si san Jerónimo para ponderarlos solo halla aquella frase, que nos será dable hacer á nosotros, miserables pigmeos, que apenas acertamos á ver la luz en pleno medio dia?

Por eso tiembla la mano que dirige la pluma al llegar á este punto, porque convencidos de la plenitud de nuestra ignorancia y de nuestra impotencia, no sabemos de que manera nos será dable salir del paso en este momento.

Invocamos, pues, el auxilio divino para que venga en nuestra ayuda, y rogamos á los amables lectores nos dispensen bondadosamente su indulgencia, porque sabemos que las escenas que vamos á referir, son infinitamente superiores á nuestras mezquinas fuerzas.

Eleazar se halla todavía en el súcio aposento que sirve de cárcel á Jesucristo, y el Señor, caído en un ángulo, guarda una actitud violenta, que mucho debe hacerle sufrir, pues bastaria á hacer sufrir á un hombre que no se hallara tan tristemente herido como lo está el divino Cristo.

El hijo de Anás mira aquel cuadro horrible con una complacencia suma; con la complacencia con que el demonio miraba como las naciones paganas, postradas á las plantas de sus ídolos, ofrecían víctimas é incienso al espíritu inmundo, en vez de ofrecerlas al supremo Criador.

Y Jesucristo sufría y callaba mansamente, y Eleazar gozaba y sonreía de una manera diabólica, y tan absorto debía hallarse en su contemplación, que la asquerosa baba caía sin sentir de la boca, como pudiera caer á un niño en la época de la primera dentición.

No hay palabras para encarecer ni lo que sufría Jesús, ni lo que disfrutaba Eleazar. Lo uno se hallaba á la altura de un Dios enamorado de los hombres, lo otro estaba á la altura de Satanás, que se goza en atormentar á los amigos del Altísimo; y á una y otra altura, que son las dos mas grandes que pueden concebirse, no es posible que alcancemos nosotros, para que nos sea dable describirlas.

Eleazar decía al divino Nazareno:

—Ea, levántate, tú que en un momento destruyes el templo, y en tres dias vuelves á edificarle; ea, deja esa posición y escapa si puedes de las manos que te oprimen. Yo pensaba que tú, como Hijo de Dios, eras invulnerable, eras impenetrable; yo pensaba que los golpes y los tormentos no podían nada sobre tí, pero hé ahí que para desengañarnos hemos querido prenderte para probarlo, y nos hemos convencido de que el Mesías es ni mas ni menos de carne y hueso como los otros hombres. ¡Qué desilusión! ¿no es verdad, divino Cristo? Ja! ja! ja!... ¡Y qué ingratitud la del pueblo de Israel! ¡Martirizar al Mesías, atormentar á su Salvador, como si fuera un perro rabioso, ó una bestia inmundada puesta en manos de los niños! ¡Oh! ¡Verdaderamente ese pueblo que has venido á salvar, es

muy ingrato para contigo; verdaderamente los hombres que has venido á redimir, se portan muy mal con tu persona; verdaderamente el imperio universal que venias á buscar es muy desesperante, y á otro que como tú no fuera Hijo de Dios le tendria desesperado!... ¡Hombres ingratos! ¡hombres desdichados! ¡Hé ahí á vuestro Salvador, y le llenais de martirios; hé ahí á vuestro Redentor, y os ensañais cruelmente en él, como si fuera una bestia fiera; hé ahí á vuestro rey que debia guiarnos á la conquista del mundo, y vosotros vais á darle un patíbulo por trono, los brazos de una infamante cruz por cetro, y por reino las sombras de la muerte!... ¡Ingratitud humana, hasta donde has de llegar!... ¿No es verdad, Nazareno, que esto es muy duro? ¿No es verdad que los hombres son muy crueles y muy ingratos, y que la maldición y el exterminio eternos, caerán sobre el malvado pueblo que ha osado maltratarte así? ¡Oh! sí, sí, tienes razon, divino Galileo!... Ja! ja! ja!... Deja que me ria ahora... Ja! ja! ja!... sí, sí; deja que me ria, porque despues no tendria tiempo ni ocasion para hacerlo, puesto que yo soy uno de tus jueces, uno de tus verdugos, si quieres, y he de espiar en el infierno los trabajos que he llevado á cabo, para condenar á la muerte vil de los ladrones al Hijo de Dios; los esfuerzos que he hecho para verte aprisionado en nuestro poder, como si fueras el bandido mas terrible de la nación; los votos que he dado contra tí, como si fueras la ponzoña que envenena á todo el pueblo, y los martirios que he contribuido á que recibieras!... Sí, sí; déjame reir, Hijo de Dios, porque mi alegría de ahora, tú con ser Dios no podrás hacer que deje de haber existido, cuando vengas, como tú dices, sobre un trono de nubes, y rodeado de la gloria del Padre, para juzgarme. Ja! ja! ja! Déjame reir,

Hijo de Dios, mientras que me hallo en este mundo; sí, déjame reír, porque en el infierno que me preparas, dicen que no hay alegría... en todo caso la de ahora ya irá por adelantado... Ja! ja!... ja!... y si hay alegría, también allí la de ahora no ha de servirme de estorbo.

Jesucristo, oyendo las desatentadas frases del malvado Eleazar, olvidándose de sus tormentos, puso los ojos en el cielo, como implorando el perdón para el desdichado hijo de Anás, y balbuceó una plegaria tiernamente enamorada, en la que pedía al Eterno Padre el perdón de aquel infeliz ciego, por los méritos y por los tormentos que le afligían.

Eleazar que no quitaba los ojos del divino Redentor, percibiendo la elocuente expresión que daban á la fisonomía de Jesús el ligero movimiento de sus divinos labios, y la sublime y tierna inflexión de sus dulces y nublados ojos, pensó el malvado que sus palabras mortificaban al Cristo; que le llenaban de ira y de despecho; que venían á dar mayores proporciones al martirio que sufría tan resignadamente, y se resolvió á proseguir en su obra infame de blasfemar de todo lo más santo, de mofarse de los tormentos del Salvador de los hombres, de verter gota á gota el acíbar, en la amarga copa que el hijo de María se veía precisado á apurar, sin detenerse un instante.

La obra de Eleazar era verdaderamente un detalle digno de la obra diabólica que se estaba ejecutando en el martirio de Jesús. Así creyéndose el maldito á la altura de sí mismo, continuó mofándose del Redentor, y burlándose de sus angustiosos tormentos.

Y decía:

—¿Oras ó blasfemas? ¿Pides acaso al Padre celestial que envíe sobre mí uno de los rayos de su ira, para que me

anonade y reduzca á polvo? Vamos; preciso es que ese Padre celestial te haya abandonado, cuando mirándote en poder de tus implacables enemigos, ni siquiera te manda una legión de ángeles para que vengan á libertarte. Triste destino el del Hijo de Dios, que lejos de verse comprendido por los hombres, hasta su Padre le abandona, pues con todo y ser omnipotente, ni siquiera dispone que la lengua con que te hablo quede pegada al paladar; ni siquiera dispone que la tierra se abra bajo mis plantas, para que sumergido en torbellinos de humo y fuego, vaya á la Geenna á ser castigado eternamente! Ya lo ves; todos te abandonan, hasta tu Padre celestial; aquel Padre celestial cuya virtud te asistía siempre cuando intentabas hacer milagros... ¡Triste destino es el tuyo! ¡Te hallas en poder de tus enemigos, y no hay nadie que venga á socorrerte; levantas los ojos al cielo, y el cielo permanece cerrado; balbuceas no sé que palabras y nadie oye los acentos de tus labios!... Y por si acaso pides al Padre el castigo del que te habla,—añadió Eleazar cansándose del sarcasmo, y animándose por grados, por si acaso le pides mi muerte, dile que no quiero morir sin antes haber tenido el gusto de abofetearte, de escupirte á la cara con esta lengua que los gusanos han de comer, de pisotearte como una inmundicia, con estos piés que la tierra ha de convertir en polvo. ¡Ah! si todas las dichas han de acabar para mí con la vida, no quiero morir sin haber disfrutado de nuevo del placer de abofetearte, de escupirte al rostro, de magullar tu cuerpo con mis piés, paseándome á mi placer sobre tu pecho y tu vientre malditos. ¡Oh! yo lo que siento es no poderte desgarrar eternamente, no poderte magullar y hacer sufrir sin que mis fuerzas, mi vida y tu vida acabaran nunca, y si es verdad que he de ir al infierno, lo que yo

siento es que Satanás no me concederá licencia para cebarme en tí por siempre sin fin. Por eso ahora hago lo que quisiera hacer durante toda la eternidad, porque es mas grato para mí el insultarte y el llenarte de tormentos, que no me es grato el soplo de la vida que me anima, para complacerme viéndote sufrir y atormentándote... Espera, espera, Hijo de Dios, ya verás hasta donde alcanzan los pasatiempos del primogénito de Anás.

Y Eleazar lanzóse como un toro celoso sobre el cuerpo del divino Redentor, que tan dolorosamente se hallaba caído en un ángulo de la habitacion, sin que pudiera removerse, sin que pudiera dejar la postura violentísima en que se hallaba.

El hijo de Anás hizo en el Cristo todo lo que le acababa de anunciar; paseóse por encima del divino vientre con rabia frenética; apoyó uno de los piés sacrílegos sobre el vientre del Señor, y con el otro le oprimia el pecho y el estómago, empleando en ello todas las fuerzas que la ira le prestaba; asestó puntapiés al rostro y á la boca del Cristo, puntapiés que le inundaron en un mar de sangre y de dolores; cerró los puños y con fuerza desesperada hundióllos en los divinos ojos, que blanda y amorosamente le llamaban á contricion, y sabe Dios hasta donde llegara el acceso febril de aquella satánica fiera, si su padre y Caifás que miraban el horrible pasatiempo de Eleazar, no se hubieran echado á reir desde la puerta, con toda la fuerza de sus pulmones, con la hilaridad de unos hombres complacidos y felices, que leen por primera vez la obra inmortal del Manco de Lepanto.

A la carcajada homérica de Anás y de Caifás, siguieron las carcajadas de los verdugos, que acudieran á la puerta del aposento para asistir á escena tan fiera y repugnante,

empero Eleazar estaba tan embebido en su obra, que apenas la hilaridad de tantos hombres llegó á llamarle la atencion.

Por último, Eleazar, que se hallaba cansado, dejó con pena su maldita ocupacion, y entonces pudo verse que el divino Cristo apenas respiraba. Sin embargo, su alma divina, su corazon lleno de amor, su espíritu animado por el ardiente deseo de salvar el mundo, remontábase hasta el trono del Altísimo, y le ofrecia aquellos martirios en expiacion de los pecados de los hombres.

¿Por qué no murió durante aquellos momentos? ¿Cómo pudo resistir su vida al impulso fiero y desesperado de la barbarie de aquel miserable? ¿Cómo podia flotar la vida en aquel mar de tormentos inauditos, que bastaran á quitarla á cien hombres de naturaleza menos delicada de lo que era la naturaleza humana del Redentor del mundo?

Verdad es que el hombre no hubiera podido resistir á tanto y tan gran cúmulo de tormentos, pero á Jesucristo le prestaba fuerzas y resistencia el infinito amor que nos profesaba, aquella llama ardiente, voraz, inmensa de amor, que se atesoraba en su corazon por la raza pecadora de los hombres; aquel deseo incalculable, aquel afan de padecer que le animaba, para atestiguar á los hijos de Adan en cuanto estima nos tenia el Salvador. Para él los tormentos eran los efectos del amor que nos profesaba; entregarse al martirio, una consecuencia natural de su amor; desear padecer tanto como fuera dable resistirlo á la naturaleza humana, sostenida por la naturaleza divina, su único afan, su dulcísimo ideal.

Y como á la vez que hombre era Dios, y como el Dios comunicaba el amor al hombre, por eso la naturaleza hu-

mana estaba sostenida por el amor que animaba á la naturaleza divina.

Este era el secreto de la vida de Jesús; este era el secreto que le arrojaba en medio de los tormentos, para saciarse del oprobio y de la muerte; este era el secreto que daba fuerzas á su naturaleza humana, para sufrir lo que otro cualquiera no hubiera padecido sin exhalar el último suspiro.

Su amor debía regularse por sus tormentos, y como dicho amor era infinito, los tormentos que sufriera debían ser tantos, cuantos la mente perversa de los hombres mas perversos podia idear, inspirada por el infierno.

A esta breve explicacion deberán atenerse aquellos de nuestros amables lectores, que en el decurso de la presente obra juzguen cosa imposible, que un hombre pudiera resistir sin exhalar el alma, el prodigioso, el incalculable número de bárbaros tormentos, que se dieron al divino Redentor de los pobres pecadores.

No se olvide que el amor obligó al Verbo Eterno á dejar el cielo para sufrir una muerte horrible; no se olvide que este amor era el amor de un Dios infinito; no se olvide que habia venido al mundo para padecer y sufrir, á fin de que los hombres no hubiéramos de padecer y sufrir en el infierno por toda una eternidad, y si los lectores tienen en cuenta la vehemencia y el carácter de ese amor, no se les hará difícil creer que fue natural cosa en Jesús sufrir y resistir tanto á los tormentos, cuando fue natural en el Verbo dejar la gloria del cielo, para rodearse de las penas mas acerbadas que la tierra podia producir.

En la seguridad, pues, de que nuestros amables lectores tendrán en cuenta, que el que sufre y muere es nada menos que el Hijo único del Dios único, y que sufre es-

pontáneamente para salvarnos, en esa seguridad, decimos, no nos ocuparemos mas de ello en el decurso de la presente historia, y volveremos de las consideraciones y de las explicaciones á la accion, pues á decir la verdad, falta en ella nuestra presencia ya.

Cuando Anás vió que el Cristo no se movia, y que el malvado Eleazar sudoriento y fatigado le examinaba, penetró precipitadamente en la estancia, y preguntó lleno de infernal zozobra á su digno hijo:

—¿Qué sucede?

—No sé:—respondióle Eleazar con indiferencia;—tal vez sin quererlo haya dado buena cuenta de él.

—¡Cómo!—gritó el viejo fuera de sí;—no sabias ¡ necio! que no es un asesinato sino una sentencia lo que se desea? Si ese hombre muere, mañana el pueblo dirá, sin que podamos remediarlo, que en la casa del príncipe de los sacerdotes, el hijo del Sagan del Sanhedrin ha asesinado á Jesús de Nazareth! ¡ Oh!—exclamó Anás dando una fuerte patada en el suelo,—¿por qué me habrá dado Dios hijos tan indignos y tan majaderos como tú?

Eleazar escuchó la tremenda filípica que su padre le dirigió delante de los soldados y verdugos, y no tuvo palabra ni para escusarse, ni para irritarse. Se hallaba confundido pero no arrepentido.

Anás tomó en sus manos el hachon suspendido de la pared, y lo acercó á Jesucristo, que con el rostro bañado en sangre aquí roja y líquida, allí negra y coagulada, estaba horriblemente desfigurado, y bañaba sus facciones, desencajadas como las de un moribundo, un sudor helado como el que brota de la frente de los que agonizan.

El divino Redentor respiraba muy débil y fatigosamente, y como el aposento habíase llenado de verdugos llenos

de curiosidad, el aire que allí se respiraba se hacia mas pesado, y la congoja de Jesús tan grande, que Anás temió por unos instantes si el Mesías iba á espirar

Entonces estendiendo sus brazos, gritó con voz de trueno:

—¡Fuera! ¡Este hombre se muere, y mañana se nos señalará con el dedo, y se nos llamará asesinos!... ¡Maldito, maldito, para siempre seas, imbécil! —esclamó devorando á Eleazar con los ojos.

Todos se retiraron precipitadamente de la estancia, mientras que el malvado Anás gritaba como un energúmeno diciendo:

—Agua, agua fria, y á ver si logramos volverle á la vida.

La portera oyó los gritos del pontífice, y precipitándose á la cocina, juzgó que lo mismo daba que el agua fuese limpia ó súcia, con tal de que fuera fria, y cogiendo una jofaina llena de agua pestilente y súcia, penetró con ella en la cárcel del Salvador, arrojándola de golpe sobre la cabeza y divino cuerpo de Jesús.

El Señor removiése un poco, al parecer vivificado por la fria impresion del agua, y al ver el efecto que esta acababa de producir, Anás y todos los suyos no pudieron resistir al vehemente deseo de reirse, viendo la ocurrencia y el desparramo de la mujercilla, y presenciando el lastimero cuadro que ofrecia en aquel momento el divino Salvador.

El cuadro que presentaba entonces el Señor, era capaz de enternecer al corazon mas duro, pero aquellas almas insensibles, que no querian muriese entonces para tener el gusto de atormentarle mas duramente, léjos de conmoverse, siguieron riendo y celebrando ora las contorsiones de Jesucristo, ora tambien lo que ellos llamaban ocurrencia feliz de la portera.

Mientras tanto el divino corazon vivificaba de nuevo la naturaleza mortal de Jesucristo. Tenia sed de padecer, y aquellos sufrimientos eran poca cosa para aplacársela; el amor devoraba su pecho, y para satisfacer y dar pábulo á la llama enamorada que le enardecia, todo lo que sufriera hasta entonces era poca cosa; deseaba sufrir mas; hubiera querido llamar sobre sí los tormentos y los males mas agudos del universo. Y su deseo se cumplia al pié de la letra, porque Jesucristo era Dios, y en Dios el querer es poder.

Revolvíase, pues, estenuado y sin fuerzas sobre un lecho de rocas, teñido en sangre divina, y rodeado de agudísimos dolores. Su naturaleza mortal experimentaba intensos y duros los mismos dolores que invocara sobre sí, que llamara á sí, para evitar á los hombres los tormentos del infierno, y su rostro desencajado daba muestras sensibles del tormento que afligia á la divina humanidad.

No se quejaba, porque lo que padecia, á la vez que atormentaba su cuerpo, recreaba su corazon abrasado de amor; pero su naturaleza era mortal, era mas sensible que la nuestra, por razon de ser mas delicada, y es lógico que sufriendo su humanidad, el rostro denotase el agudo y profundo tormento que le destrozaba tan cruelmente.

En aquel momento no habia parte sana en el divino cuerpo; no habia parte que no le doliese con un dolor capaz de producir la muerte.

Y el pobre é inocente Jesús, con las manos atadas á la espalda, reclinado en el duro ángulo de la estancia, guardando una posicion violentísima, y hallándose magullado por los escesos de que el frenético Eleazar le hiciera víctima, exhalaba profundos suspiros, y animaba su corazon á padecer y á cobrar fuerzas para lo mucho que le faltaba sufrir aun.

Y así mientras los sacerdotes reían y se mofaban de sus horribles tormentos, él con voz animosa decía en secreto á su corazón enardecido:

—No me abandones, vida mia; sufre aun, porque cada uno de los dolores que me afligen, abre la puerta del paraíso á millares de almas. Fuerza divina del amor que me obligaste á descender á la tierra, hoy mas que nunca necesito que vengas en mi ayuda, porque sin tí la vida me abandona, y mi corazón quiere padecer mas aun, para salvar y atraer á mí á los pobres pecadores. Luz de mi vida, no te apagues al impulso del soplo asolador del huracán que te azota, y mientras mi empresa no se halle terminada, tú, corazón mio, busca valor y vida en los raudales de amor divino que brotan de tí. Es cierto que el tormento es mortal, pero ¿qué es lo que no resistirás tú, á quien el amor obligó á descender del cielo?... ¡Sufrer, sufre!... La hora no ha llegado, en la cual debes descansar, porque los pecadores no se hallan redimidos aun. Cuando esta hora llegue, entonces sí que podrás dar permiso al dolor para que cese; entonces sí que podrás descender al seno de la muerte, puesto que de esta muerte brotará la vida eterna para tus amadas criaturas... ¡Ánimo, pues, corazón amante, sufre y goza; pues tus delicias son los dolores que te conturban; algunas horas mas de martirios y la obra quedará para siempre terminada!

Así se animaba el Mártir divino para el tormento; así procuraba desahogar un poco el inmenso y ardoroso fuego que se ocultaba en su corazón, y á estas escitaciones divinas, la vida pronta á dejar su santa humanidad, tornaba á descender sobre Jesucristo, y nuevas fuerzas brotaban en aquel cuerpo estenuado y poco antes moribundo. La divinidad encadenaba la vida al amor en que se enardecía, y

solo cuando la obra del amor se hallara terminada, podía ya la muerte soplar sobre la existencia de Jesús, para poner término á sus infinitas angustias.

Y mientras tanto Anás y sus compañeros, que veían con notable alegría la manera súbita como el divino Redentor se animaba, llenos de gozo y de placer celebraban los tormentos de su Víctima, y no cesaban de reír y de llenar de aplausos á la mujercilla, á la ruin alma de la esclava, que tuviera la infernal inspiración de rociar al divino Cristo con aquella jofaina de agua súa y pestilente, que tan excelentes resultados habia para ellos producido.

Y ya estaban para retirarse los pontífices, con ánimo de ir á descansar un poco, cuando acercándose Malco á Caifás y á su suegro, les dijo:

—Desearia pedir á los sacerdotes un favor, en nombre de todos mis compañeros, que tan lealmente os han servido durante esta noche.

—¿Qué favor es ese?—preguntó Caifás.—Muy reconocidos estamos á unos soldados que nos han servido tan admirablemente, y puedes estar seguro, Malco, que si nos es fácil conceder lo que se nos pide, no tardaremos tanto en darles ese gusto, como tardes tú en formular su deseo.

—¡Qué diablos!—esclamó Malco;—la noche está muy adelantada; el frio es bastante intenso, y el lugar no muy á propósito para dormir. ¿Qué hemos de hacer, pues? Si no tenemos algo en que entretenernos y matar el tiempo, nos vamos á aburrir soberanamente.

—¿Qué quieres decir? ¿No teneis acaso á vuestra disposición mi bodega y mi despensa?

—Es que no siempre se puede comer y beber: estos son dos trabajos, á los cuales todo el mundo se entrega con placer, pero por poco tiempo, pues si la comida es muy larga,

la operacion de mascar es una de las que mas fatigan al hombre. Yo no queria decir eso: además, ¿quién se ocupa en comer, cuando la alegría retoza por el cuerpo?

—¿Qué quereis pues?

Caifás sentia que empezaba á impacientarse, merced á los rodeos y familiaridad con que Malco le hablaba, mas como este lo hacia, no tanto en nombre propio, como en el de sus compañeros, á los que los viles sacerdotes necesitaban tanto, guardóse muy mucho el gran pontífice de revelar á Malco su impaciencia, y le formuló aquella pregunta con la entonacion mas amable y condescendiente que podia darse.

Malco, animado por la amabilidad de Caifás, á la que no estaba acostumbrado por cierto, prosiguió:

—Quisiéramos que se nos permitiese esperar el próximo dia divirtiéndonos, para matar el fastidio.

Y el verdugo acompañó sus palabras de una sonrisa peculiar á los de su ralea; sonrisa significativa, que indicaría lo mismo en los hocicos de la hiena y del tigre.

—¿Y quién os prohíbe divertirlos?

—Es que como que lo quisiéramos hacer con...

Malco no acabó la frase, pero continuó sonriendo de aquella manera, al par que hacia con la cabeza un movimiento significativo, como para indicar á Jesucristo.

—Bueno. ¿Quién os ha dicho que no lo hicierais? Desde el momento feliz en que ha caido en vuestras manos, ¿os ha prohibido nadie que os divirtiérais con él?

Á Caifás le caia la baba de gusto y de placer, de la misma manera que le cae al perro de rabia y desesperación. Todo lo que era cuestion de atormentar al divino Salvador, todo lo que era asunto de martirizarle y de llenarle de humillaciones, todo causaba á Caifás y á su suegro maldito una

satisfaccion indecible, un placer sin igual. Júzguese, pues, de la alegría que recibió oyendo la súplica que Malco le dirigia.

Este dijo:

—He preferido pedir os permiso, para entregarnos al inocente entretenimiento de que os he hablado, puesto que, como ha dicho el pontífice vuestro suegro á Eleazar mi señor no sé que... por eso... vamos, yo deseaba saber si nos era permitido...

—¿Pues no ha de serlo?— interrumpióle Anás.—¿Pagará acaso el miserable Nazareno, la menor parte de los males que ha causado á la patria, por mas grandes y mas prolongados que sean los castigos que por ello reciba? Haciéndole un objeto de vuestras burlas, y un instrumento para que mateis el tiempo agradablemente, ¿no es acaso una manera de hacerle espiar un poco los grandes escándalos que ha dado?... En vuestras manos lo teneis; haced con él lo que os plazca; divertíos á su costa; solo una cosa os encargo, y es que no echeis en olvido, que no puede espiar sus delitos mas que en un infamante patíbulo, por lo cual es necesario conservar le la vida á toda costa.

—Es decir, que con tal de no...

—Sí, sí; podeis divertirlos con él todo lo que gustéis, pero divertirlos de la misma manera que se divierte el gato con el raton, antes de clavarle los dientes para tragarlo.

—Os he comprendido, grande y anciano pontífice;— dijo Malco lleno de satisfaccion;— os he comprendido! no temais, nos divertiremos en grande con él, pero no espondrémos su vida al riesgo de que se nos escape de las manos antes de tiempo. Fíad en mí.

Los ínfcuos y viles sacerdotes se retiraron para ir á descansar, mientras que los otros verdugos se disponian á ha-